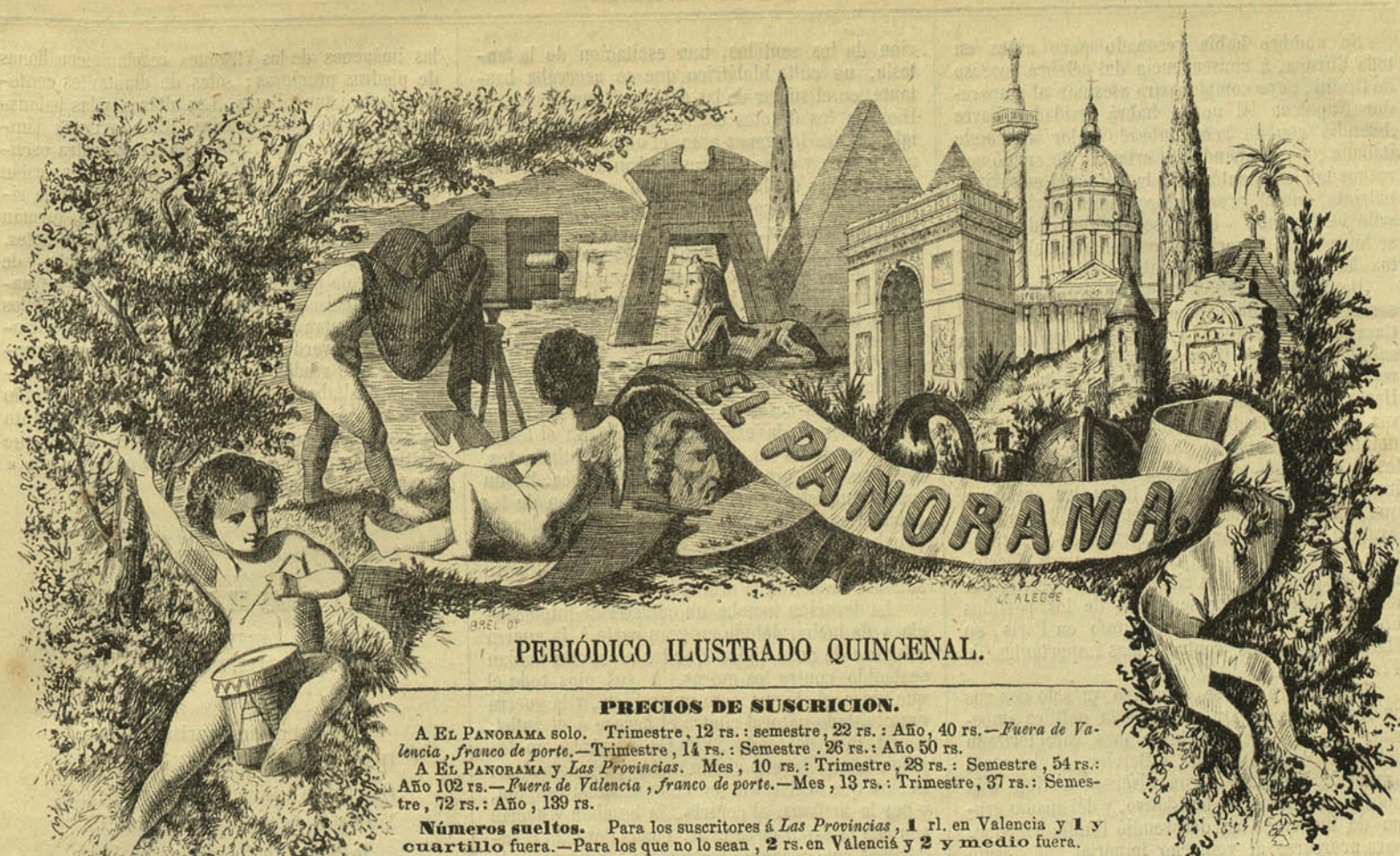




PERIÓDICO ILUSTRADO QUINCENAL.

PRECIOS DE SUSCRICION.

A EL PANORAMA solo. Trimestre, 12 rs.: semestre, 22 rs.: Año, 40 rs.—Fuera de Valencia, franco de porte.—Trimestre, 14 rs.: Semestre, 26 rs.: Año 50 rs.

A EL PANORAMA y Las Provincias. Mes, 10 rs.: Trimestre, 28 rs.: Semestre, 54 rs.: Año 102 rs.—Fuera de Valencia, franco de porte.—Mes, 13 rs.: Trimestre, 37 rs.: Semestre, 72 rs.: Año, 139 rs.

Números sueltos. Para los suscritores á Las Provincias, 1 rl. en Valencia y 1 y cuartillo fuera.—Para los que no lo sean, 2 rs. en Valencia y 2 y medio fuera.

AÑO I.

Valencia 15 Abril 1867.

NÚM. 7.

JULIO FAVRE.

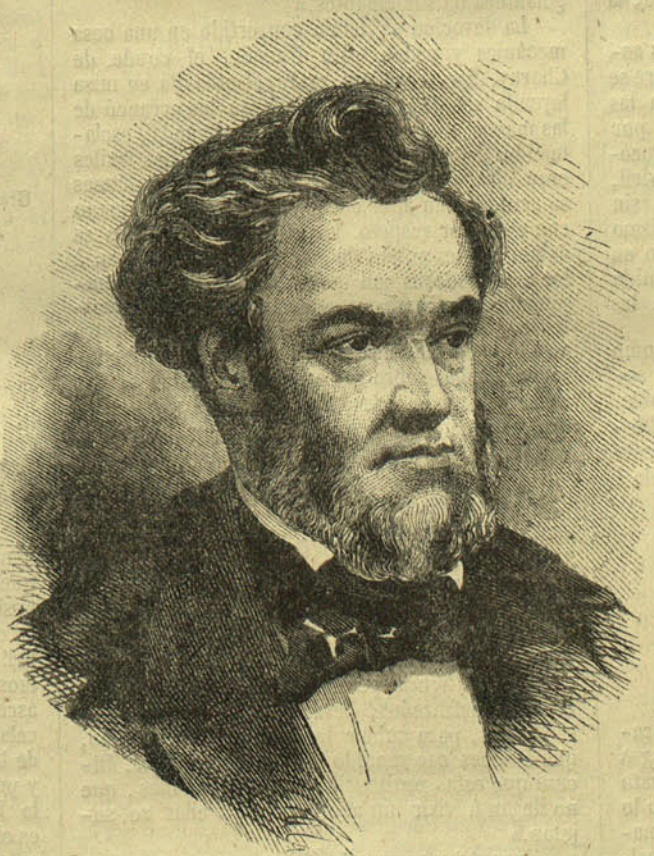
Julio Favre comparte con Thiers el cetro de la elocuencia en las Cámaras francesas. El célebre ex-ministro de Luis Felipe posee sin duda en mas alto grado los secretos de la diplomática oratoria de los gobiernos representativos, y sabe hacer servir su fácil y experimentada palabra á las habilidades de las discusiones parlamentarias; pero, en cambio, en la vigorosa dialéctica y la viril elocuencia del diputado demócrata, encontramos todos los recursos del tribuno que con sus grandes golpes impresiona las asambleas populares. Con estas dotes, y un carácter tenaz y levantado, ha conseguido Julio Favre ser el jefe de la oposicion democrática en el Cuerpo legislativo. Sus últimos discursos han vuelto á llamar sobre él la atencion pública, y hemos creído oportuno darle hoy un lugar en nuestra galería biográfica.

Gabriel Claudio Julio Favre, nació en Lion en 31 de Marzo de 1809, de una honrada familia comerciante, que lo destinó al foro, enviándolo á estudiar á la Universidad de Paris.

Apenas habia concluido la carrera, cuando estalló la revolucion de 1830, y el joven abogado, exaltado secuaz de las ideas liberales como casi toda la juventud de las escuelas en aquella época de entusiasmo político, se afilió en las filas mas avanzadas, dándose á conocer en una carta que el 29 de Julio publicó *El National*, y en la cual proponia la abolicion de la monarquía y la reunion de una asamblea constituyente.

En Lion, su ciudad natal, á donde pasó á ejercer la abogacia, manifestó las mismas ideas, y habiendo defendido (1831) á los llamados obreros mutualistas, que formaban una asociacion de tendencias socialistas, se vió en grave peligro, por el motin que produjo aquel proceso y en el cual pudo escapar el audaz abogado con gran trabajo á las persecuciones militares.

En 1834 lo encontramos en Paris defendiendo á otros acusados políticos. Soy republicano, dijo al comenzar su discurso, y aquel rasgo de audacia,



Julio Favre.

juntamente con la fuerza de su elocuencia, llamó sobre él la atencion del foro de Paris, en el cual comenzó á figurar desde entonces, como uno de los mejores abogados.

La revolucion republicana de 1848 abrió ancho horizonte á la carrera política de Julio Favre. La constancia y la fé con que profesaba las doctrinas democráticas le hicieron considerar por todos los republicanos como uno de los mas robustos sostenes del nuevo orden de cosas, y como secretario general del Ministerio del Interior, tuvo parte en los primeros trabajos del gobierno provisional. Habia dos tendencias en este gobierno:

la mas templada, á cuyo frente figuraba el presidente Lamartine, y la fogosa republicana, que se inclinaba á los socialistas, y de la que era alma el ministro Ledru-Rollin. Favre escitaba á este en sentido radical, y se le atribuye la redaccion de la célebre circular á los comisarios extraordinarios en los departamentos, dándoles instrucciones sobre el modo de ejercer sus amplias facultades.

El departamento del Loira le envió á la Asamblea constituyente por 34.260 votos, y al entrar en ella dimitió la secretaría del Ministerio del Interior. En aquel borrascoso Parlamento tomó gran parte nuestro protagonista; pero no siempre en sentido tan radical como lo hacian esperar sus antecedentes, pues su buen sentido práctico le hizo separar de la extrema izquierda en muchas ocasiones.

Cuando en Diciembre de aquel mismo año fué elegido presidente de la república el ciudadano Luis Napoleon, Julio Favre comprendió que aquel ambicioso príncipe acabaria con la república, y le hizo tenaz oposicion en la Cámara, sobre todo despues de la expedicion á Roma, cuyos resultados condenó elocuentemente, dando su apoyo á la demanda de acusacion contra el presidente.

Al año siguiente formó parte tambien de la Asamblea legislativa, elegido por el departamento del Ródano, figurando en ella como uno de los jefes de la oposicion democrática; y cuando abandonó la Cámara Ledru-Rollin le reemplazó como orador y leader de la Montaña.

El golpe de Estado de 2 de Diciembre cortó la carrera política de Julio Favre, que se encerró en sus tareas del foro. De allí fué á sacarle la política; pero elegido individuo de los consejos generales de los departamentos del Loira y del Ródano, se negó á prestar juramento al imperio.

En 1857 acordaron los demócratas tomar parte en las elecciones para el cuerpo legislativo y acudir á la Cámara. Presentada en Lion la candidatura de Favre, fué vencida; pero el año siguiente hubo que hacer una eleccion parcial en Paris, y el abogado demócrata mereció la mayoría de los sufragios.

Su nombre había resonado poco antes en toda Europa, á consecuencia del célebre proceso de Orsini, cuyo complot para asesinar al emperador Napoleón III no se habrá olvidado. Favre defendió con su acostumbrado calor al conde italiano, y reprobando su crimen, describió con rasgos tan elocuentes la vida de aquel estraviado patriota, que el procurador general se vió precisado á esclamar: « en presencia del cadalso que se levanta, se ha erigido ante el tribunal la estatua del hombre que debe subir á él.»

Desde el año 1858 hasta el de 1863, Favre sostuvo una ruda campaña parlamentaria en el Cuerpo Legislativo. La oposicion democrática solo había logrado llevar á aquella asamblea cinco representantes: Emilio Ollivier, Queroult, Picard, Havin y nuestro personaje, que fué el jefe y la voz mas autorizada de aquella que recibió el nombre de *minoría de los cinco*. Con incansable teson combatió esta exigua minoría la política imperial, reivindicando en todas las ocasiones que se le presentaban las libertades políticas de la Francia, y cuando en 1863, terminada la legislatura, fué convocado el país para nuevas elecciones, el grupo de los cinco se vió reforzado por los mas ilustres representantes de los partidos liberales, que alcanzaron el triunfo en París, en Marsella y en los centros mas importantes de Francia.

Julio Favre no se encontró ya solo con sus cuatro secuaces para combatir la política imperial: Thiers, el representante mas caracterizado del doctrinarismo liberal, y Berrier, el elocuente orador legitimista, dieron diversos matices á la oposicion del cuerpo legislativo, y del mismo grupo de los cinco se desprendió Emilio Ollivier, para acercarse al gobierno imperial, al mismo tiempo que en la mayoría napoleónica surgia el grupo de tercer partido, animado de aspiraciones liberales. En medio de todas estas fracciones, Julio Favre, el severo demócrata, continuó al frente del grupo radical, siendo todavía, como en los últimos tiempos de la república francesa, la voz de la Montaña.

Y es en verdad elocuente intérprete de las aspiraciones democráticas. La oratoria de Favre se distingue por lo levantado de sus ideas con las cuales domina siempre el asunto que trata, por el vigor de la dialéctica y la robustez del razonamiento. La forma de sus discursos es viril, contundente, agresiva; pero sin irritacion, sin apasionamiento. Su palabra severa y al mismo tiempo digna y tranquila, tiene, sobre todo en las réplicas, una mordacidad que es muy temida en la Cámara y que siempre va envuelta en las mejores formas.

En el foro de París es considerado Favre como uno de los mejores abogados, y en la buena sociedad se aprecia su carácter simpático y noble. Ha dedicado algunos de sus cortos sáculos á la literatura, y en el teatro de sus salones se ha puesto en escena alguna produccion dramática debida á su pluma.

C.

LOS ESPAÑOLES

TALES COMO ERAN EN EL SIGLO XVII.

VI.

En el exámen que venimos haciendo del carácter español, tal como se presentaba con rasgos marcados en tiempo de Carlos II, hemos visto su propension á todo lo extraordinario, á todo lo maravilloso, á todo lo que hería vivamente la imaginación. Un pueblo de esta índole debía ser exaltado y viciosamente religioso, y en efecto, el fanatismo devoto era uno de los caracteres mas salientes de aquella época, en la que el mismo rey se creía víctima de hechizamientos y maleficios. Quizás dedicaremos algunos artículos á recordar estas escenas de que fué triste teatro el palacio de nuestros reyes, pues conviene que no se olviden los escosos á que pueden llevar los mejores sentimientos, cuando son mal dirigidos por la ignorancia ó la mala fé; mas, por hoy, debemos limitarnos á consignar algunos rasgos de la devoción española, tal como esta se presentaba á los asombrados ojos de Madame d'Aulnoy en el siglo XVII.

La discreta dama de la corte de Luis XIV se asombraba al ver que la religion no era, para los españoles, una idea metafísica, sino una emo-

cion de los sentidos, una escitacion de la fantasía, un culto idolátrico que se acercaba bastante en el vulgar de las gentes al paganismo. El Dios de los devotos estaba materialmente en las iglesias; las imágenes eran el objeto último de su adoracion, y estas se presentaban á los ojos impresionables de la multitud del modo que mas viva emocion producian en ellos: el Cristo, clavado en la Cruz, con aspecto cadavérico, con las llagas manando sangre; la Virgen, cubierta de sederías y encajes, resplandeciente de oro y pedrerías, como las reinas del mundo. Estas imágenes tenían vida para el pueblo; Jesucristo, la Virgen, los Santos, no parecían personajes de remotos tiempos, alejados del mundo en las alturas del cielo, sino que se mezclaban cotidianamente en las cosas de la tierra é intervenían en los asuntos de la existencia vulgar. En el teatro aparecían todas las noches, con los sentimientos, las ideas y las preocupaciones de la época. En un *auto* Jesucristo quiere entrar en la órden de los caballeros de Alcántara; pero no pudiendo dar las pruebas de nobleza, por lo humilde de su nacimiento, es rechazado y se desquita del desaire sufrido, fundando la órden de Cristo.

La devoción tomaba un carácter de intolerancia y de lucha, debido en gran parte á la guerra religiosa de ocho siglos que los españoles habían sostenido contra los moros. A sus ojos todo el que niega el dogma, era un traidor, y la guerra era el estado natural contra el herege ó el infiel. Aun á fines del siglo XVII los españoles no dejaban la espada para confesarse ni para comulgar: Decían que la llevaban en defensa de la religion, y por la mañana, al ceñirla, la besaban y hacían con ella la señal de la cruz. Todos llevaban escapularios con imágenes bendecidas ó reliquias milagrosas. Las damas llevaban largos rosarios colgados del cinturón, y á los rezaban, dice Madame d'Aulnoy, en todos sitios y en todas ocasiones, en la calle, en las tertulias, mientras juegan á las cartas, murmuran con sus amigas ó oyen los galanteos de sus amantes.»

La devoción se había convertido en una cosa mecánica y usual. « Un francés, el conde de Charny, dice la viajera, estaba el otro día en misa leyendo sus Horas. Una vieja se las arrancó de las manos y las arrojó al suelo indignada, exclamando: dejad eso y tomad el rosario.» Los frailes eran objeto de particular veneración: las damas se arrodillaban ante ellos y les besaban la mano con el mayor respeto. En las iglesias los fieles se daban fuertes golpes de pecho ó interrumpían á los predicadores con gritos dolorosos de compuncion. En Cuaresma se veían por la calle penitentes, desnudos hasta la cintura, con el rostro velado.» Suelen ir ceñidos con esteras tan fuertemente ligadas sobre las carnes, que estas se ven á trechos amoratadas. Algunos llevan siete espadas, en memorias de los Siete Dolores, clavadas en la espalda y los brazos, de manera que les hacen lesiones bastante graves, si se mueven con demasiada precipitacion ó si llegan á caer al suelo, lo cual es frecuente, pues van descalzos, y el empedrado es tan desigual, que es difícil andar sin cortarse los pies. Hay otros que en lugar de estas espadas llevan cruces tan pesadas, que su peso los agobia; y no creáis que todos estos penitentes son gente del pueblo, pues entre ellos suelen figurar personas de alta posición. Sus criados, disfrazados, llevan vino, vinagre y otros escitantes, para cuidar las fuerzas de su amo, que á veces cae rendido de fatiga y de dolor. Dícese que estas penitencias son tan pesadas, que no llegan á vivir un año los que á ellas se sujetan.»

Encontramos en este último rasgo una nueva prueba de la credulidad ó de la exageracion de la escritora francesa; pero, por lo demás, aquellos espectáculos que á una dama de la corte refinada del Gran Rey habían de parecerle en alto grado sorprendentes, no son tan estraños para nosotros, puesto que las penitencias que relata Madame d'Aulnoy han llegado á nuestros días, y aun se ven en las procesiones públicas devotos cargados con pesadas cruces, como algunas veces sucede en las solemnidades de Semana Santa en Valencia, y todos los años en Barcelona, donde los penitentes con los pies descalzos arrastran pesadas cadenas por las calles de la ciudad.

Como marcada contraposicion, exigida por la viveza de la fantasía española, la viajera hace notar el contraste entre lo espantoso y espléndido en las mismas ceremonias del culto. En las iglesias

las imágenes de las Virgenes resplandecen llenas de piedras preciosas; soles de diamantes centellean sobre sus cabezas. Los altares y las balastradas son de plata maziza. Cien gruesas lámparas de oro y plata brillan en la siniestra oscuridad de las lóbregas bóvedas. Las capillas están adornadas con todo lo que puede acumular la riqueza y el capricho. Millares de flores forman caprichosas guirnalda y gigantescos ramilletes. Surtidores de agua caen en tazas de plata, de mármol y de pórfido. Tiestos con jazmines y naranjos embalsaman el ambiente, y los pajarillos cantan, encerrados en jaulas que oculta artificiosamente el verde follaje. La religion comprendida de este modo, hería enérgicamente los sentidos y exaltaba la imaginacion, y no es estraño que escitase el sentimiento devoto hasta el punto de hacer populares los autos de fé, á los que asistía el rey, la corte y todo el pueblo como á una gran festividad.

J. de D.

A LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS.

SONETO.

Vengo á tus pies, purísima MARIA,
Que ha llegado la fama á mis oídos,
Que hallan consuelo en tí los afligidos,
Y afligida yo traigo el alma mia.

No hay en tu faz señales de alegría,
Llanto veo en tus ojos doloridos,
Cual los míos están enrojecidos
De llorar hilo á hilo noche y día.

Lástima causan, amargura y duelo,
De tu mirada tétrica la calma,
La palidez de tus mejillas mustias:

Amargo es en verdad, pero es consuelo:
Aquí su propia pena olvida el alma,
Para sentir, SEÑORA, tus angustias.

Granada 30 de Octubre de 1866.

J. Nuñez de Prado.

LOS POETAS ITALIANOS.

Estudios histórico-literarios.

VI.

Las tres musas del Dante: la Teología, la Escolástica, Sistema dantesco.

Cuando hubo muerto Beatriz, cuando Dante, convertido por el dolor en la *cosa selvática*, de que habla ingenuamente el Boccaccio, buscó con ansiosa avidéz en el estudio, en las entrañas de la ciencia, esa aspiracion de su vida, esa sed de belleza y perfeccion que había encendido la hermosura y la virtud de aquella santa muger, cuando ascendiendo insensiblemente por esa divina escala del amor, que describe Platon, pasó del culto de los bellos sentimientos al de las ideas bellas, y pudo por fin declararse servidor y amante de la Dama Filosofía, comprendió que la verdad es el fin supremo del amor del hombre, y desde entonces fué la ciencia su musa inspiradora. Beatriz lo dice así al poeta cuando lo conduce á través de los esplendores del cielo.

Yo veggio ben sì come già risplende
Nello 'ntelletto tuo l'eterna luce,
Che vista sola sempre amor accende;
E s'altra cosa vostro amor seduce,
Non è se non di quella alcun vestigio
Mal conosciuto, che quivi traluca (1).

¿En dónde buscó el vate florentino esa eterna luz que apenas apercibida enciende en perpétuo amor el alma humana? ¿A qué institucion, á qué creencia, á qué doctrina pidió ese ideal que necesita la inteligencia y el corazón del hombre ansiosos de lo infinito? Esto es lo que natural-

(1) Paradiso, canto V.

mente nos preguntamos al hallarnos en presencia de ese *secondo amore* del poeta.

En el revuelto caos de la edad media, en aquella fermentación continua en que iban lentamente elaborándose los diversos y encontrados principios, cuya armonía ha de formar la perfección de la sociedad moderna, solo había una idea madre, en la que de cierto modo se encerraban todos los pensamientos que hacia brotar en su magnífica variedad la nueva civilización; solo había una institución que ligase las instituciones varias que en continuada lucha se repelían: aquella institución era la Iglesia. ¿Queremos ver en la esfera del arte la multiplicidad moderna concentrada por el catolicismo en una sublime unidad? La vida entera de aquellos siglos ha tomado forma material en las *catedrales*: grabadas en piedra están en ellas todas las ideas de una generación; todas las ciencias y artes se han reunido para formar esas enciclopedias de aquellos tiempos. Al rededor del altar del Dios único se agupan los ángeles, las vírgenes y los santos, los obispos y los guerreros tendidos sobre sus sepulcros, los diablos y los monstruos que asoman entre los pilares como una tentación. La arquitectura, la escultura y la pintura se unen para espesar con signos sensibles misterios pavorosos y puros sentimientos. A poca distancia del púlpito, desde donde se difunde la ciencia práctica de la vida, está la biblioteca, donde los iniciados se arman con las agudezas del escolasticismo. En un tablado, á la puerta del templo, hace sus primeros ensayos el arte dramático, y bajo las sagradas bóvedas la música adquiere una magestad y un espiritualismo desconocidos: y sobre aquel monumento simbólico, en el que se unen la religión, la ciencia y el arte, se elevan, como las aspiraciones de los fieles, las atrevidas agujas, á la región serena de los cielos.

Lo que era la catedral en el mundo del arte, era la Iglesia en el terreno social, y la teología en el campo científico. Las inteligencias, que gravitan siempre hacia la unidad de una verdad suprema, tendían en aquella época de fe hacia el dogma cristiano, que se ensanchaba para dar cabida á todo linaje de conocimientos. Era aquella una época de abulción social é intelectual, y la actividad que en todas las esferas se manifestaba, no estaba contenida en el terreno de la indagación filosófica, como sucedió mas tarde, por la autoridad de la fe, sino que por lo contrario, las doctrinas religiosas, dirigiendo la mente á la contemplación del mundo interior, activaban el afán de las investigaciones metafísicas.

Ese gran movimiento filosófico-cristiano que recibió el nombre de *escolástica*, y al cual dió instrumento apropiado la restaurada lógica de Aristóteles, se inculcó tan profundamente en aquella sociedad grosera y metafísica, sensual y devota al mismo tiempo, que hoy mismo nos asombra descubrir el interés que escitaban las luchas de escuela que conmovían el mundo, como la gran compañía de San Bernardo contra Abelardo.

El afán de reducir todo raciocinio á la dialéctica pura, estravió á menudo á los escolásticos, y mientras carecían de toda aplicación práctica sus elucubraciones ontológicas, las verdades religiosas peligraban, siendo necesario una reacción para asentar de nuevo la teología en las bases de la autoridad y el buen sentido. Pedro Lombardo y Alberto el Grande prepararon esta restauración de la ciencia religiosa, que había de completar el llamado *Angel de las escuelas*, el gran filósofo cristiano de los siglos medios, el autor de la *Summa Theologica*, enciclopedia prodigiosa, en que toda la ciencia, toda la fe, toda la erudición de su tiempo se hallan desenvueltas armónicamente, con las formas lógicas del método aristotélico, abarcando en una síntesis completa el conocimiento de las leyes del mundo, del alma y de Dios en la absorbente unidad del dogma cristiano.

Este era el horizonte que se abría al espíritu humano, cuando Dante sintió el infinito anhelo de buscar en el conocimiento de la verdad absoluta la satisfacción de su insaciable amor. El vate florentino se arrojó con la ansiedad de Fausto á la conquista del secreto de la vida. Todo lo que en su tiempo podía saberse, todo lo supo. Asombra encontrar en su poema conocimientos de las ciencias físicas y naturales, que se creían de época posterior, como la ley de gravedad terrestre, las propiedades del imán, la generación de las plantas, las estrellas australes, el influjo de la luna en

las mareas, etc. Pero no era la ciencia de observación la que quería apurar el Dante: representante fiel de su época, remontaba su investigación á las causas últimas de las cosas, y penetraba, en alas del raciocinio, en los mundos supernaturales para pedir á la fe la explicación de todos los misterios. Le hemos visto inscrito en Florencia en el gremio de los médicos y boticarios; pero, las ciencias filosóficas eran el objeto predilecto de sus estudios, y llegó á ser tan consumado teólogo, que cuando el destierro lo llevó á París asombró á los profundos doctores de aquella célebre Universidad.

Esa aspiración á la verdad suprema, ese *su segundo amor*, como le llama Dante, fué el sentimiento que le dictó su poema. Como las epopeyas indias, como la teogonía de Esiodo, como todos los poemas primitivos, mas ó menos toscos, mas ó menos completos, la *Divina Comedia* encierra el ideal, la doctrina, la creencia de toda una época; es la epopeya del cristianismo, que dominando sobre todas las inteligencias, vencidos todos los contradictores, seguro de sus dogmas, se lanza en la investigación de los misterios, y con un razonar atrevido quiere rasgar el velo de todos los arcanos y tomar posesión filosófica de los mundos sobrenaturales. Este espíritu de examen hizo sospechar á Fóscolo y Rossetti que Dante era un precursor de los herejes que prepararon la reforma protestante; pero la ortodoxia de su doctrina está demasiado patente para autorizar estas suposiciones. La filosofía, para nuestro poeta, no es mas que servidora humilde de la fe; aquella abre al hombre el estrecho horizonte de la ciencia humana; pero sobre ella se estiende el mundo de los misterios, en el cual solo nos guía esa atracción misteriosa entre la verdad y nuestro espíritu, que es la gracia de Dios difundida en nosotros y que aspira á volver á su celeste origen.

Al examinar San Pedro á Dante en el Paraíso sobre la fe, le pregunta:

Questa cara gioia (1)

Sovra la quale ogni virtù si fonda,
Onde ti venne?

Y contesta el poeta:

La larga Ploia (2)

Dello Spirito Santo, ch' è diffusa

In su le vecchie, e'n su le nuove cuoia (3),

E sillogismo, che la mi ha conchiusa

Acutamente sì, che'n verso d'ella

Ogni dimostrazion mi pare ottusa (4).

Tenemos aquí fijamente determinada la fe en la revelación como el origen de la ciencia religiosa, y en otro pasaje vemos señalada la autoridad de los libros sagrados y de la Iglesia romana, como única norma y ley del cristiano:

Avete il vecchio e il nuovo testamento

E'l pastor della Chiesa che vi guida:

Questo vi basti a vostro salvamento (5).

Pero si esto basta á la salvación de los fieles, no satisface la curiosidad anhelante del poeta filósofo, que quiere penetrar el sentido de los libros sagrados, y descubrir con su ayuda lo que ellos velaron á la mente de los hombres. Por eso lanza su poema en pleno mundo sobrenatural, forja su fantasía los abismos de los réprobos, las mansiones de la expiación, y luego en éstasis arrobador, asciende al empíreo, aproximándose cada vez mas á la eterna luz y descubriendo las verdades supremas que en las tinieblas del mundo el hombre apenas puede vislumbrar.

¡Atrevido pensamiento, propio de aquellos tiempos en que la energía de la inteligencia corría parejas con el vigor del sentimiento! Ningun poeta ha osado lo que el Dante. Tres epopeyas ha inspirado el cristianismo: *El Paraíso perdido*, la *Mesíada* y la *Divina Comedia*. La primera es hija del Antiguo Testamento; Milton no ha hecho mas que amplificar magníficamente el sublime cuadro de la creación y la caída del hombre, trazado en breves líneas por el Génesis. El poema de Klopstock es la segunda parte del de Milton; la redención, contemplada con ese espíritu dulce, santo, melancólico del Nuevo Testamento. Pero, ni uno ni otro poeta han creado nada, mas que la forma: el pensamiento es el de los libros sa-

grados. Dante no se contenta con parafrasear los textos de la Biblia: lo desconocido es lo que le atrae, el misterio es lo que quiere penetrar: no se sujeta al dogma, sino que intenta completar el dogma por la ciencia, llegando por medio del raciocinio á organizar en una síntesis gigantesca el mundo de las ideas y la subordinación de los seres y los fenómenos.

No es esta la ocasión de describir la economía del poema en que desarrolló su sistema: mas adelante seguiremos al Alighieri en su misterioso viage. Bástanos consignar, para comprender bien la trascendencia científica de su obra, los principales rasgos de su sistema filosófico-religioso.

Dios es para Dante el foco de la luz, «luz intelectual llena de amor» en la cual, cuando llega á contemplarla el poeta, encuentra toda esencia, todo fenómeno y toda cualidad:

Sustanzia ed accidente, e lor costume,

Tutti conflati insieme per tal modo

Che ciò ch' io dico é un semplice lume (1).

Esta idea de la divinidad, conteniendo en sí la esencia de todas las cosas, como los arquetipos de Platon, y siendo á la vez verdad, bondad y belleza, hace ver la amalgama de las doctrinas platónicas con las creencias cristianas, en la mente de Dante. Dios, así considerado, es el motor universal; es

L' Amor che muove'l sol e l'altre stelle (2).

La creación es una especie de emanación, que guarda alguna analogía con las ideas cosmogónicas del Oriente. Dios, por el destello de su luz inteligente y amorosa al mismo tiempo crea las *bellezas eternas*, que cuanto mas próximas están á su ser son mas perfectas. Así ha formado los nueve cielos, que provienen de él y se comunican unos á otros la virtud divina:

Questi organi del mondo così vanno,

Come tu vedi omai, di grado in grado,

Che di su prendono, e di sotto fanno (3).

Los elementos que forman el mundo terrestre no previenen directamente de Dios, sino por medio de las causas segundas, de esos cielos, *órganos del mundo*, como los llama el poeta, que ejercen su influencia sobre todas las cosas de este globo y sobre el mismo hombre. Hed aquí convertidas en sistema filosófico las aspiraciones de la astrología, y á Dante justificando la predicción que en su nacimiento hizo su maestro Bruneto Latino. Cuando, al cruzar los cielos, llega en su poema á la constelación de Géminis, bajo cuyo influjo nació, exclama:

O gloriose stelle, o lume pregno

Di gran virtù, dal quale io riconosco

Tutto, qual che si sia, il mio ingegno (4).

Pero esta acción de las esferas superiores en la naturaleza humana, influye solo en las condiciones de esta, no en la esencia del alma, hija de Dios, y que aspira á él y se comunica con él sin intermediario:

Ma nostra vita senza mezzo spira

La somma beninanza, e la innamora

Di sé, sì che poi sempre la disira (5).

Esta atracción es el pensamiento primordial de la obra dantesca: la ascensión de la humanidad á sus supremos destinos, ascensión que interrumpe el pecado, que renueva la penitencia y que lleva al hombre, cuando este no cae en los abismos del Infierno, por la dolorosa montaña del Purgatorio, á gozar en las nueve esferas del Paraíso la unión del alma con el divino foco de que proviene y al que eternamente aspira.

Teodoro Llorente.

Soneto filosófico.

Haces bien en decir, Lesbía querida,

Que para mí son leyes tus antojos,

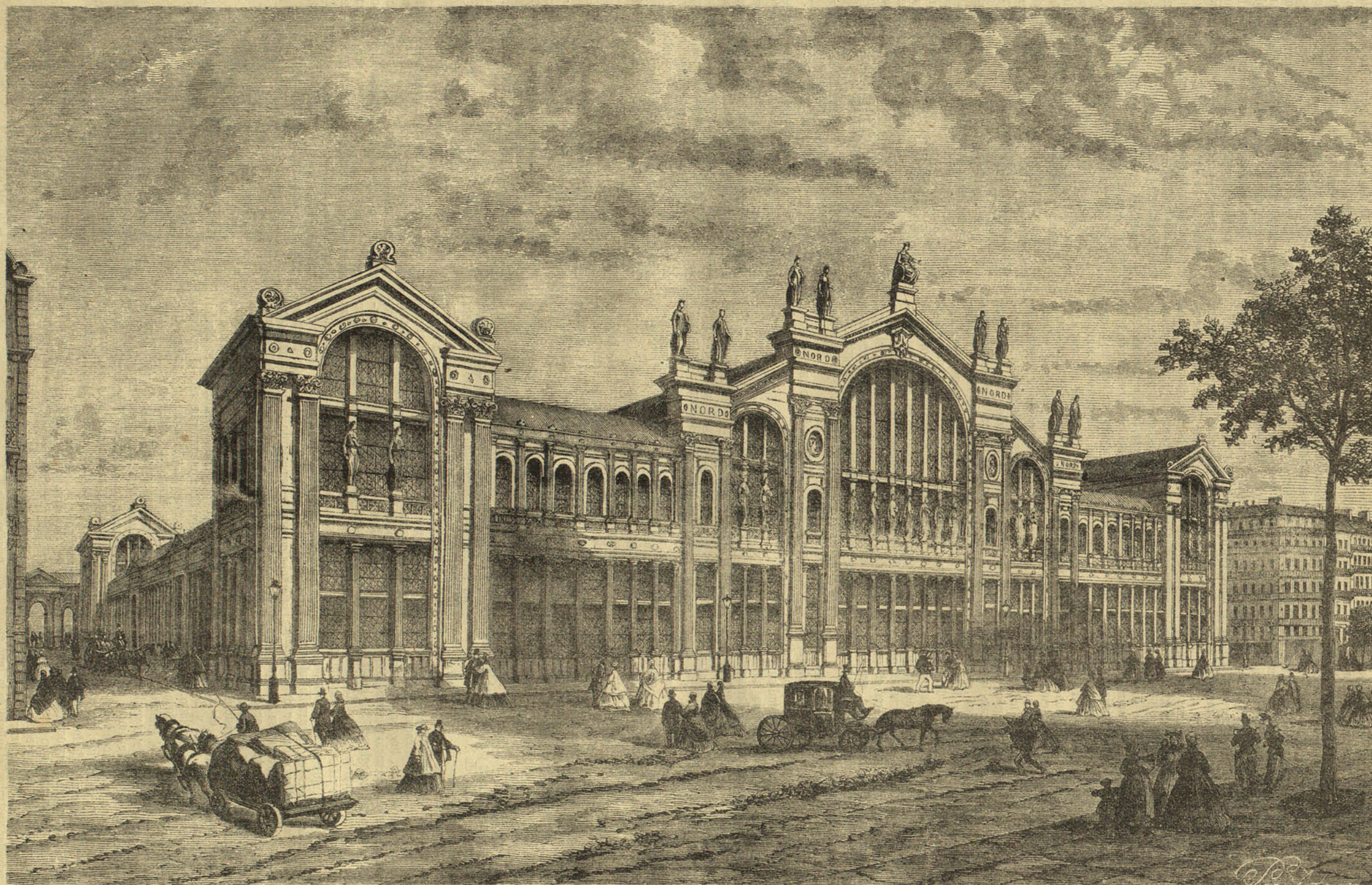
Pues por una mirada de tus ojos

Satisfecho y feliz diera mi vida.

Pide á mi amor sin tregua y sin medida

- (1) *Gioia*, la alegría, el placer, el fulgor de la fe.
(2) *Larga ploia*; con esta metáfora quiere dar á entender la abundante doctrina.
(3) *Cuoia*, pergamino, antiguo y nuevo libro ó testamento.
(4) *Paradiso*, canto XXIV.
(5) *Paradiso*, canto V.

- (1) Canto XXXIII y último del *Paradiso*.
(2) Último verso de la *Divina Comedia*.
(3) *Paradiso*, canto II.
(4) *Paradiso*, canto XXII.
(5) *Idem*, canto VII.



Estacion del Ferro-carril del Norte, en Paris.



La semana Santa en el campo.



El aquarium del Jardin de aclimatacion, en Paris.

Sacrificios, placer, dicha y enojos,
 Pide que torne en flores los abrojos,
 Y en pavesas la nieve derretida.
 Pídemelo que te cante como Homero,
 Que ruja como hirviente catarata,
 Que llóre entre cadenas prisionero.
 Pídemelo, Lesbía, mi ilusión mas grata:
 Mas no me pidas ropa ni dinero,
 Porque estoy mas perdido que una rata.

M. del Palacio.

EL AQUARIUM DEL JARDIN DE ACLIMATACION EN PARIS.

Los periódicos de Valencia, siempre impacientes por encontrar noticias que comunicar á sus suscritores, han hablado de un pequeño *aquarium* que se prepara para la Exposición regional, que ha de ser una de las mas notables fiestas del próximo centenario de la Virgen. Aplaudimos esta determinación de la Sociedad Económica, que procura con provechoso afán hacerse intérprete de todos los adelantos, y mientras conocemos el pequeño *aquarium* de la Exposición valenciana, vamos á dar á nuestros lectores una idea de una magnífica construcción de este género que existe en el jardín de aclimatación de París, y cuyo grabado reproducimos en este número.

El *aquarium* del bosque de Boulogne produce en los que le visitan un efecto admirable, y se halla formado por una extensa galería, á uno de cuyos costados se encuentran situados catorce grandísimos cubos, á través de los cuales pasa una luz difusa que atraviesa la masa de agua donde vive y se desarrolla el mundo submarino. Estos receptáculos ó cubos, compuestos de láminas de pizarra, tienen uno de sus costados formado por un cristal de gran tamaño, que descubre al espectador los misterios de la vida acuática, hallándose decorados con el mejor gusto con plantas y rocas, que prestan nuevo encanto á aquellos pequeñísimos mares, en los que viven perfectamente los peces de todos los países. El fondo se halla tapizado de arenas, menudas piedrecillas y hermosas conchas.

Como la luz desciende á través del agua, la galería se encuentra en una semi-oscuridad que hace que los peces no puedan distinguir á sus curiosos espectadores, y por consecuencia no se asustan ni huyen su presencia, con lo cual se consigue estudiar sus libres movimientos y sus instintivas inclinaciones.

Un *aquarium* necesita imprescindiblemente la vida vegetal, para responder á esa ley armónica de la naturaleza que la une á la vida animal en toda la extensión de nuestro globo, haciendo que se presten los elementos indispensables á su sostenimiento. El pez al respirar por medio de sus bronquios el aire disuelto en el agua, absorbe el oxígeno y lo cambia en ácido carbónico, mientras que á su vez procediendo la planta en inverso sentido, absorbe el ácido carbónico, fija el carbono y devuelve el oxígeno al agua, que lo disuelve de nuevo, poniéndolo á disposición de los peces.

Algunos moluscos son también necesarios en estas construcciones. Arrastrándose por las paredes, las desembarazan del moho que se reproduce fácilmente y llegaría á alterar su transparencia, y al mismo tiempo se alimentan de los detritus vegetales y conservan la limpieza del aparato. En él vive también la familia de los zoófitos, ese primer paso de la escala animal, que llega á confundirse por la inmovilidad de los seres que produce y por lo rudimentario de su constitución y sus formas, con los vegetales que pueblan el mundo.

No vamos á entrar en detalles de las numerosas variedades de peces de agua dulce y marítima que contiene el *aquarium* del jardín de aclimatación de París: sería este un trabajo muy extenso y fatigoso para la mayoría de nuestros lectores; pero si estos grandes establecimientos requieren conocimientos especiales en las personas que se hallan al frente de ellos, y exigen grandes gastos, los pequeños y elegantes *aquarios* de salón, que adornan algunas habitaciones de personas de buen gusto, son un ameno entretenimiento,

que quisiéramos ver mas extendido en nuestra patria.

Otro día, contando con la benevolencia de nuestros lectores, nos ocuparemos de ellos.

F. Ll.

Monumentos de París.

Estacion del ferro-carril del Norte.

Entre los grandiosos edificios construidos en París en estos últimos años, es uno de los mas notables la magnífica Estacion del ferro-carril del Norte, que ocupa un área de mas de 30.000 metros cuadrados, y cuya vista damos en el número de hoy.

Esta estacion se inauguró el 18 de Abril de 1864, y á pesar de sus vastísimas proporciones, ya es pequeño el local destinado á las mercancías ¡Tal es el movimiento en aquella vía!

La decoración general del monumento es muy agradable á la vista, mirado de frente; pero, cuando se llega por el lado parece una construcción demasiado frágil, por las muchas columnas y estatuas que ocupan la gran extensión plana de la fachada. Las numerosas estatuas que decoran este rico frontispicio representan las ciudades mas importantes hacia las que conduce el ferro-carril, como Londres, Viena, Berlin, Colonia, Bruselas, San Petersburgo, Amsterdam, Francfort, etc.

A M. Hittorf, el hábil arquitecto que ha formado los planos de la iglesia de San Vicente de Paul, y de los Circos de los Campos Elíseos y de la Emperatriz, se debe la construcción de este digno monumento del siglo de los ferro-carriles.

EL EMPERADOR DE AUSTRIA Y LOS HÚNGAROS.

Uno de los sucesos mas importantes que han ocurrido en Europa en estos últimos meses es la reconciliación de los húngaros con el gobierno de Viena. Desde que el alzamiento de Hungría en 1848 para reivindicar su independencia, fué sangrientamente sofocado por el Austria, auxiliada por la Rusia, los húngaros nunca habían querido prestarse á una reconciliación con el gobierno de su emperador, por mas tentativas que se hicieron. Después de la derrota del Austria en Sadowa, la corte de Viena ha sentido la necesidad de buscar el apoyo de los valientes magiáres, y concediéndoles todas sus exigencias, se ha llegado á una avenencia, aceptada con entusiasmo por los húngaros.

Plácenos consignar este suceso, publicando el grabado que representa la llegada del emperador de Francisco José á la estacion de Pesth, donde le saludan con entusiasmo los nobles húngaros.

LA CHIMENEA Y EL CAMPANARIO.

POR MR. CHANTRAL.

Era el 12 de Junio de 1863. He retenido esta fecha porque así que llegué á mi casa escribí lo que el lector va á leer:

Me encontraba en la calle de Rennes, en París, y apresuraba el paso para llegar á tiempo al desembarcadero de la orilla izquierda del camino de hierro de Versalles. Andando de prisa, pasé delante de dos obreros, sobre los cuales no fijé en un principio mi atención, los que seguían el mismo camino que yo, si bien con paso menos presuroso.

Uno de ellos llevaba blusa, el otro vestía uno de esos trajes modestos que son aun propios de un trabajador, pero que indican un obrero de un rango mas elevado, ó perteneciente á una profesión semi-liberal. El primero era un obrero en toda la acepción de la palabra, el otro podía ser un obrero impresor ó algun capataz de un taller cualquiera. Los dos hablaban en alta voz, pero la blusa no la levantaba tanto como el gaban. Por lo demás ignoraría aun de qué departían, pues como no les prestaba ninguna atención y la distancia

entre ellos y yo se hacia cada vez mayor, bien pronto habría dejado de oírles, si una exclamación del gaban no me hubiese de pronto sorprendido y hecho acortar el paso.

—¡Ahí tienes, decía el gaban á la blusa, ¿ves estos dos campanarios?

Acababa yo de pasar por delante de aquella capillita de madera que sirve provisionalmente de iglesia en la parroquia de Nuestra Señora del Campo, sobre la cual se eleva un campanario todavía mas humilde que aquella, pues ni siquiera alcanza la elevación de la casa inmediata que parece aplastar la capilla con su mole. No obstante, yo no veía mas que un campanario por este lado. La exclamación del obrero del gaban me hizo prestar atención y entendí mas fácilmente lo siguiente:

—Pues bien, decía el gaban, hé ahí el campanario de la industria y el campanario de la impotencia.

Observé entonces que á alguna distancia de la capilla, y mas alta que su campanario, se eleva una orgullosa chimenea de vapor. El gaban no cesaba de hablar.

—Hé ahí, siguió diciendo, el campanario de la producción y el campanario del consumo.

La blusa se sonrió. El gaban se iba entusiasmando.

—Ya lo ves, aquel es el signo de nuestra época. La industria, el progreso aplastan todas esas antiguallas que solo sirven para las viejas y los niños. El hombre es ya mayor de edad, está emancipado; él mismo es su Dios, y la chimenea de vapor ha destronado al campanario.

La blusa aprobaba estas palabras sin que apenas las comprendiera; tal vez tampoco comprendía mas el gaban, pero sabía su lección de memoria, y yo esperaba el momento en que habría agotado todas las bellas frases que sobre este asunto se encuentran en el *Siècle* y en todas las miserables publicaciones á cinco céntimos que constituyen la educación de los parroquianos de cafetín, y también por desgracia de los honrados y demasiado crédulos obreros de mas de un taller.

Me detuve, y sacrificando mi escursion á Meudon, resolví intervenir en la contienda, si en contraba coyuntura.

No tardó el gaban en ofrecérmela. Vió que estaba escuchando, se adelantó hacia mí, y pareciéndome que iba á reprocharme de una manera poco agradable mi curiosidad, me anticipé á decirle:

—¿Con que vos preferís el campanario que ahuma al campanario que tañe?

—Sí, por cierto.

—¿Podrías decirme el porqué?

—¿El porqué? Bien claro está. ¿Para qué sirve vuestro campanario que tañe? ¿A quién logra atraer á esa miserable cabaña? A los niños, á algunos viejos devotos, á algunas mugeres que vienen aquí para ser vistas, á algunos haraganes, y á curas que especulan con la credulidad pública para vivir sin hacer nada.

Nuestro hombre estaba mas fuerte en su *Siècle* de lo que yo creía.

—Por el contrario, siguió diciendo, esa magnífica chimenea que se hiergue con arrogancia en el espacio, y que lanza bocanadas de negro humo, es el signo de la actividad humana, del poder del hombre y del progreso de la humanidad. Gracias á esta chimenea, la industria marcha, el comercio se estiende, millones de brazos encuentran ocupación y el bienestar se alberga en todas partes. Hé ahí la diferencia de los dos campanarios, como decía yo á mi camarada: el campanario de la iglesia es el campanario de la impotencia; la chimenea de la fábrica es el campanario de la producción.

—Amigo mío, dije al obrero del gaban, dispensadme si no estoy conforme con vos. No penseis que yo menosprecie la industria, ni quiera maldecir de los progresos de nuestros tiempos. Pero yo sostengo ante todo que sin el campanario no existiría la chimenea de vapor.

—¿Cómo se entiende?

—Y que sin el campanario la chimenea no podría seguir existiendo.

—¡Mucho decís!

—Si teneis á bien escucharme trataré de probaros lo que os he dicho.

Debo hacer justicia al obrero parisiense: puede estar extraviado, pero es leal. Si yo hubiese tratado con algun oficial de almacén atestado de *Siècle* y de Renan, ó con algun ciudadano barnizado de ciencia á lo Voltaire, mi interlo-

cutor hubiese dado media vuelta y se hubiera marchado sonriéndose. Trataba con un obrero que puede estar engañado, pero que no pide mas que se le ilumine. El trabajo sana el alma, el que trabaja puede ser ignorante, mas no es hombre de mala fe. Por esta razon que los sofistas que quieren seducir al pueblo, á fin de explotarlo mas fácilmente, le inspiran el odio á los curas y á las clases superiores: bien saben ellos que no pueden fundar su éxito mas que sobre preocupaciones, y se esfuerzan en mostrar al pueblo enemigos en aquellos que únicamente son sus verdaderos amigos.

El obrero de la blusa, hermosa figura de trabajador, estaba visiblemente embelesado de ver que habia quien rechazaba el parecer de su camarada del gaban que miraba con aire de reconocimiento. Además el del gaban me prestaba la mayor atencion. Hé aquí á poca diferencia lo que les dije:

—Amigos míos, permitidme que os dé este nombre, pues os quiero bien y trato de ilustraros. —¿Habeis fijado la atencion en un hecho que es verdaderamente admirable? ¿Cuáles son los pueblos donde progresan la ciencia y la industria? ¿Son, tal vez, los turcos, los chinos, los árabes, los salvajes de América? No, sino los cristianos. Aun entre los pueblos antiguos mas civilizados, como los griegos y los romanos, ¿dónde estaba la ciencia, dónde la industria, dónde el poder del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza, como ahora se dice? Los pueblos cristianos son los que están á la cabeza del movimiento industrial y científico; es en ellos donde florecen la ciencia, la industria y el comercio. ¿De qué proviene esto? ¿Quién ha transformado el esclavo en obrero y en ciudadano libre? ¿Quién ha hecho desaparecer la tiranía y la opresión? ¿Quién ha libertado la Europa asolada por los bárbaros? ¿Quién ha desarrollado hasta tal punto la inteligencia en los europeos, que este desarrollo se observa aun en los cráneos modernos comparados con los antiguos? ¿Quién ha derramado sobre la tierra esa multitud de verdades morales é intelectuales, que elevando el nivel de los espíritus, como se dice todavía, ha hecho posibles los maravillosos descubrimientos de los tiempos modernos? ¿Quién es ese, amigos míos? ¿Por ventura no es el cristianismo? ¿No son los monjes y los santos, y esos curas que pasan aun su vida enseñando á la infancia, combatiendo los vicios tan contrarios á la misma prosperidad material, predicando las virtudes, sin las cuales los progresos materiales solo pueden conducirnos á los abismos? ¿Y esos curas, esos monjes, esos santos, esos religiosos, esos ricos que se dedican al servicio de los pobres, de donde sacan su devoción, sino de su fe, de su fe en Cristo, que se alimenta en las iglesias, al pie del altar, á la sombra del confesonario, cerca de esos campanarios que injustamente desdeñais?

Así, la industria moderna, los progresos modernos, son hijos del cristianismo; la chimenea de vapor es hija del campanario.

—Es verdad, dijo el hombre de la blusa.

—No habia pensado yo en todo esto, dijo el hombre del habán, y encuentro que hay algo de verdad en lo que decís. No obstante, voy á haceros una reflexión. Sin contradeciros en nada, me parece, no obstante, que ha pasado ya el tiempo del campanario. Podia acaso ser necesario para conducir la sociedad al estado á que ha llegado; pero actualmente es inútil, es una superfluidad buena tan solo para detener los progresos futuros y para perpetuar supersticiones que no sirven para nada.

—Incurris todavía en un error, repliqué yo, y por el contrario sostengo á mi vez que el campanario es tanto mas necesario cuanto mas extendida esté la chimenea de vapor.

Ved, sino, lo que sucede habitualmente en esas fábricas de donde salen productos tan sorprendentes. Vos sois un hombre inteligente, y en vuestro aire conozco además que sois honrado. Pues bien. Decidme ingenuamente si todos esos obreros que se han hecho esclavos de las máquinas son felices, decidme si las masas son mas ricas, si disfrutan de mas comodidades, decidme por qué se ven esos rostros pálidos y ajados antes de hora, ese aspecto lacerado, enfermizo, gastado, de esas mugeres y esos niños, por qué esas miradas sombrías y feroces de todos esos obreros que salen en este momento de aquella fábrica. ¿Es esto un verdadero progreso? Es decir, que es un progreso para el hombre producir esas maravillas á costa de su salud, de la salud de su muger y de

la de sus hijos, en una palabra, de su felicidad! Y no os hablo ahora de la moralidad de esos obreros; no ignorais cuán asquerosos desórdenes provocan esas inmensas aglomeraciones; no necesito insistir en ello.

Ved, por el contrario, el porte de los que salen de aquella pobre iglesia que tanto menos preciais. He ahí una muchacha cuya figura respira inocencia, y que viene de alcanzar del altar la fuerza para resistir á todas las seducciones de la juventud y de la miseria: hé ahí una jóven madre cuyos ojos humedecidos por las lágrimas se elevan al cielo con recogimiento y resignacion; hé ahí un rico que viene de aprender que visitando la buhardilla del pobre es como hallará la felicidad; y ese cura, de aspecto risueño y bondadoso, que pasa una parte de su vida en aquella iglesia, ¿podriais contar el número de aquellos á quienes su palabra ha consolado desviado del vicio, arrebatado á la desesperacion; podriais, sin amarlo, seguir por todas partes sus pasos? ¡Ah! le condenais algunas veces cuando le veis salir de la casa del rico; pero ¿sabeis cuántas veces va allí para pedir algo para los pobres?

¡Pues bien! yo digo que si la religion desapareciese de esta sociedad tan orgullosa y tan miserable al mismo tiempo, si desapareciese con la iglesia, donde las inteligencias reciben la luz, donde los corazones se purifican y se abrasan de amor al prójimo,—con el campanario, coronado con esa cruz que es el simbolo de todas las virtudes,—yo digo, en una palabra, que si el campanario desapareciese, la chimenea de vapor no tardaria en desaparecer. Bien pronto, en efecto, toda fraternidad huiria de entre los hombres; no habria ya pureza en las costumbres, ni union en los matrimonios, ni mas relaciones que las del odio entre el rico y el pobre; reinaría una espantosa corrupcion, espantosos deseos de goces y venganzas; volveria la sociedad al estado salvaje, se estableceria el reinado de la fuerza bruta, y juzgad á qué vendrian á parar las ciencias, la industria el comercio, en tal estado de cosas.

¡Ah! amigos míos, no despreciemos la chimenea de vapor, reconozcamos los progresos de nuestra época, pero reconozcamos tambien que este no es mas que el lado pequeño; reconocamos que el alma está por encima del cuerpo, la inteligencia por encima de la materia, de las necesidades físicas, y que el campanario que tañe es verdaderamente superior al campanario que ahuma. ¿Qué es lo que pensais vosotros?

—Yo creo que tenéis razon, dijo el hombre de la blusa. Cuando yo iba á la iglesia era mas feliz; ahora comprendo el por qué.

—Caballero, dijo el obrero del gaban tendiéndome lealmente su mano, yo no habia pensado jamás en todo esto; lo reflexionaré formalmente; pero desde ahora confieso que no he tenido razon al llamar al campanario de la iglesia el campanario de la impotencia: él es, por el contrario, el verdadero campanario del poder y de la produccion, pues es el origen mismo de la civilizacion moderna.

En tan escelentes disposiciones dejé á estos dos honrados obreros.

Volviéndome por última vez para verles, apercibí en el eje de la calle de Rennes el viejo é imponente campanario de San German del Prado.

—Hé ahí, me dije, el campanario que ha presidido al maravilloso desarrollo de esta inmensa ciudad. ¡Que jamás olvide Paris que á la sombra del campanario cristiano es como se ha engrandecido y ha llegado á ser la capital del mundo civilizado!

LA CORONA FUNEBRE.

Por D. Félix Pizcueta.

IV.

Eduardo, avanzando en medio de la oscuridad, la habia derribado produciendo el estrépito que un momento antes alarmó á sus amigos.

La cortina de la alcoba estaba descorrida.

El miserable lecho sobre que descansaba la madre de Eduardo se hallaba vacío y en el mas completo desorden.

La vista de todos los amigos del poeta se dirigió hácia un grupo extraño que habia en el fondo de la alcoba.

Este grupo lo formaban Eduardo y su madre.

El primero estaba arrodillado en el suelo levantando con sus crispadas manos la inanimada cabeza de la segunda.

Su rostro estaba pálido hasta la lividez.

Sus ojos estraviados hasta la locura.

Aquella madre, á quien tanto amaba, por la que tantos dolores y tantas miserias habia sufrido, no era ya mas que un cadáver.

Habia muerto durante su ausencia, sin ayuda, sin consuelo, en medio de una agonía lenta que se retrataba en la contraccion horrible de su fisiología.

Los amigos de Eduardo se acercaron á él para prodigarle todo género de consuelos.

—Marchaos, gritó repeliéndoles con su gesto y con su mirada, no necesito para nada de vosotros.

—Eduardo, amigo mio, exclamaron los jóvenes llenos de compasion.

—Dejadme solo con mi madre, con mi desgraciada madre, cuyo último suspiro me habeis robado. ¡Madre mia, añadió levantando su rígida mano hácia el cielo, puesto que he preferido por un instante á tu amor el amor de la gloria, puesto que he sido bastante cruel, bastante desnaturalizado, bastante mal hijo para abandonarte en esta hora suprema; yo, interpretando tal vez tu último pensamiento, me maldigo á mí mismo!

—¡Silencio! gritaron llenos de espanto todos los circunstantes.

—¡Maldigo la gloria cuyo efímero resplandor me ha cegado por un instante!

—¡Silencio! repitieron los jóvenes mas pálidos que el mismo Eduardo.

—¡Maldigo, en fin, á esos hombres, continuó con acento mas terrible el desdichado hijo, señalando á sus amigos, maldigo tambien á esos hombres, que con sus ruegos, con sus súplicas, con sus entaciones infames me han apartado de tu lado en el momento en que mas me necesitabas!

Los amigos de Eduardo retrocedieron llenos de terror, dejando caer en el suelo la corona de laurel y demás objetos que el público habia arrojado al poeta.

Este, cansado de tantas y tan violentas emociones como habia sufrido aquella noche, pasó desde la exaltacion mas terrible hasta el abatimiento mas profundo.

Sus ojos perdieron poco á poco el brillo salvaje que los iluminaba, sus brazos cayeron pesadamente á lo largo del cuerpo, su pecho se agitó dos ó tres veces como para prorrumpir en un sollozo, y por último se dejó caer sin fuerzas y sin sentido sobre el cadáver de su madre.

En aquel mismo instante en todas las tertulias, en todas las reuniones, en todos los cafés de la coronada villa no se hablaba de otras cosas mas que de Eduardo y de su drama.

Y no faltaria quizá algun adolescente que exclamase con acento lleno de envidia y de dolor, al saber el ruidoso triunfo de Eduardo.

.....

Nuestro jóven es hoy uno de los primeros poetas dramáticos de España.

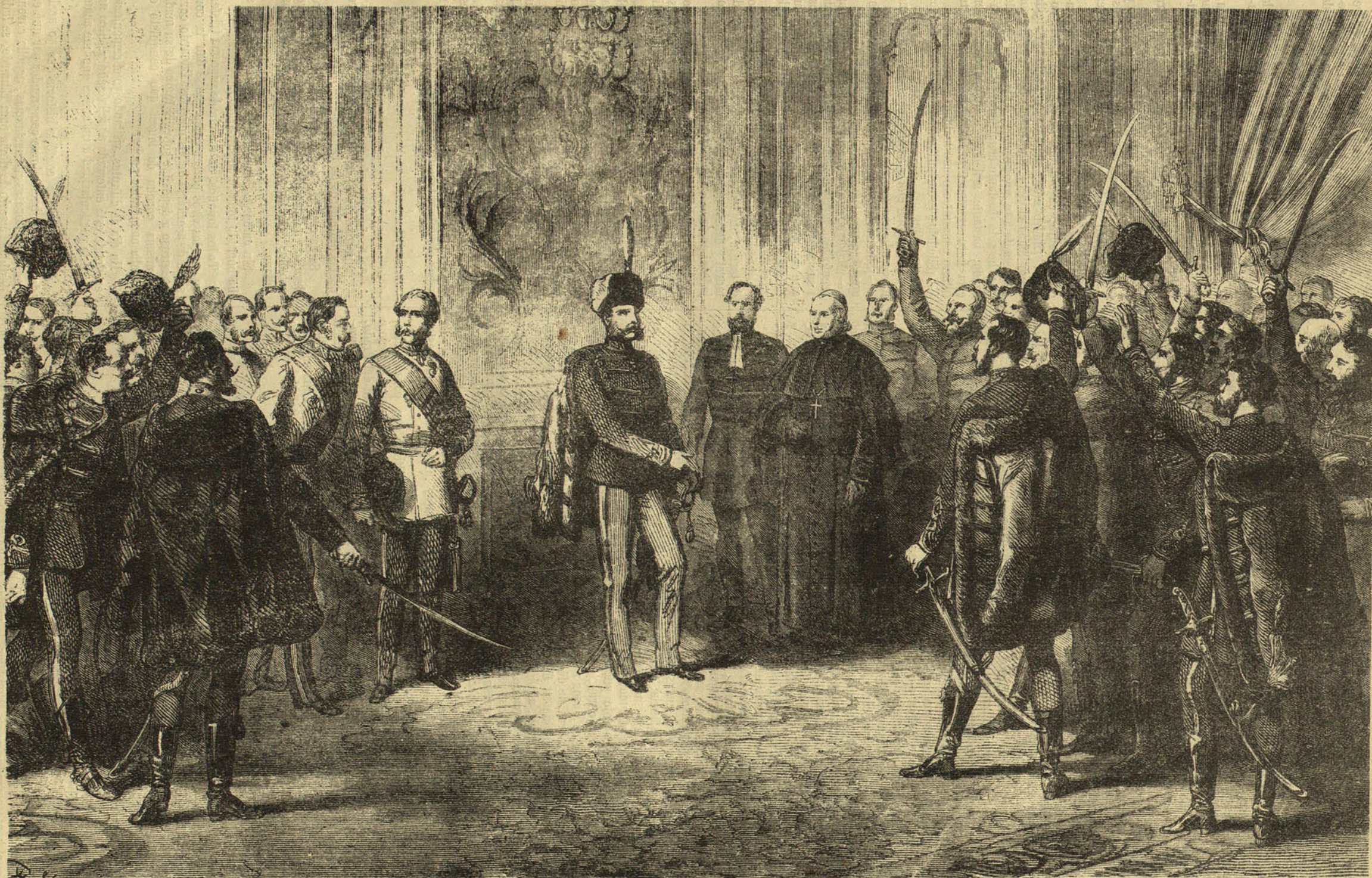
Se ha casado, por amor, con una rica heredera, cuyo dinero se entretiene en gastar, y cuyos caballos revienta paseándolos por la Fuente Castellana.

Sin embargo, la memoria de su madre no se ha borrado todavía de su corazón.

Todos los años, en ese dia de suprema tristeza en que los vivos parece como que se dan la consigna de acordarse de los muertos, Eduardo corre presuroso á depositar sobre la tumba de su madre la misma corona de laurel que conquistó en aquella memorable noche.

Un dia de difuntos, visitando yo el cementerio, en donde está enterrada aquella señora, hice notar esta particularidad á un amigo que me acompañaba.

Mi amigo me contó la historia que yo acabo de contaros, haciéndome comprender por qué estrañas y dolorosas circunstancias, aquella corona, destinada á ser de gloria para Eduardo, se habia convertido despues en una corona fúnebre.



El emperador de Austria reconciliado con los húngaros.